

El Madrid de Carlos III

Autoría: M. Fátima de la Fuente del Moral

Afiliación: Doctora en Economía; Catedrática visitante de la Universidad de Neu-Ulm (Alemania)

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia de Madrid e Ilustración	45-55	TDL-70-2017-045-055

TIPO DOCUMENTAL

Artículo de divulgación histórica

RESUMEN DOCUMENTAL

Aproximación al reinado de Carlos III y a su relación con Madrid, desde su llegada a España en 1759 hasta las transformaciones urbanas, administrativas y culturales impulsadas durante su gobierno. El artículo combina perfil biográfico y contexto cortesano con la descripción de reformas y obras que contribuyeron a modernizar la capital, presentando al monarca como una figura representativa del reformismo ilustrado.

PALABRAS CLAVE

Carlos III; Madrid; Ilustración; urbanismo; reformas borbónicas; siglo XVIII; historia de Madrid; monarquía

CITA BIBLIOGRÁFICA

M. Fátima de la Fuente del Moral. «El Madrid de Carlos III». Torre de los Lujanes, n.º 70, 2017, pp. 45-55. ISSN 1136-4343.

EL MADRID DE CARLOS III

M. Fátima de la FUENTE DEL MORAL

Doctora en Economía

Catedrática visitante de la Universidad de Neu-Ulm (Alemania)

El diez de agosto de 1759 España quedaba sin rey. Fernando VI acababa de entregar su alma a Dios en la localidad madrileña de Villaviciosa de Odón. Según las crónicas del momento, los españoles se quejaban entonces de que ya llevaban un año sin monarca. Hacían referencia al estado de postración en que el rey se encontraba desde que enviudase, tras la muerte de la que fuera su esposa, Bárbara de Braganza. Y es que Fernando VI fue tendente a la melancolía, estado que se agravó en su último año de vida. Llegó a pensarse, incluso, que estaba loco, dado que no dejaba de dar buenas muestras de ello. Por ejemplo, mostraba impulsos de querer morder a todo el mundo, prefería dormir sobre un par de sillas, antes que en una cama, y trataba, en vano, de conseguir medios con los que poder suicidarse.

Llegada a España de un nuevo rey. El caso es que, tras despedir al rey muerto, todo se puso en marcha para traer a España a quien ya, desde hacía veinticinco años, reinaba en Nápoles bajo el nombre de Carlos VII. Así lo ordenó la reina madre, quien en ese momento ejercía la regencia. Se trataba de Isabel de Farnesio, nacida en el ducado de Parma y segunda esposa de Felipe V. Aparte de ser una mujer culta y amante del arte, Isabel también mostraba un ambicioso gusto por el poder. De hecho, sabiendo que su esposo aportaba al matrimonio dos hijos de su unión con María Luisa Gabriela de Saboya, no perdió tiempo en buscar tronos europeos en los que ir colocando a sus descendientes. Esta es la razón por la cual Carlos III, su primogénito, se coloca nuestra corona cuando ya tiene una larga experiencia como monarca en una corte extranjera.

Así que, mes y medio después del fallecimiento de Fernando VI, una escuadra sale del puerto de Cádiz. Su destino es Nápoles y su misión, traer a España al nuevo rey, que vendrá acompañado de su familia. Aproximadamente un mes más tarde y tras varias escalas, los navíos alcanzaron su meta. Según contaron los presentes, Carlos llegó a decir que había recibido el trono de España de manos de Dios y sin deseárselo. Y que había rogado en sus oraciones que su medio hermano recuperara la salud.

Las naves permanecieron en Nápoles aproximadamente una semana, durante la cual se ofrecieron diversos entretenimientos a sus tripulaciones. Para ello, hubo que levantar, de manera excepcional, el luto por Fernando VI.

Probablemente, uno de los hechos más difíciles a los que Carlos III tuvo que enfrentarse al abandonar Nápoles fue la separación de su hijo, el infante Felipe Pascual. Este presentaba una disminución mental que ya lo había apartado de la línea sucesoria y ante la que los médicos desaconsejaron un traslado, al que no estimar recomendable para su frágil estabilidad un cambio de residencia. Hoy sabemos que el rey se despidió de su hijo con lágrimas en los ojos, al mismo tiempo que rogaba que siempre se le administrasen los mejores cuidados.

Al fin, un siete de octubre de 1759, el nuevo rey, su esposa, María Amalia de Sajonia, y sus hijos, el príncipe Carlos y las infantas María Josefa y María Luisa, dejaban Nápoles, entre aplausos y salvas. El viaje por mar tuvo sus incomodidades. Un día, una tempestad provocó que las damas se marearan. Carlos, siempre amante de la reina, la visitó en su camarote. Al

preguntarle qué era lo que padecía, María Amalia respondió: “*Questo movimento straordinario me face un imboglia di ventre*”. Tocándola en el hombro, el rey respondería: “¡Ah, pobre mujer, que no sirves para nada”. A lo que ella apostilló: “*No valgo niente*”.

La primera escala que la escuadra hizo en territorio español fue en Barcelona. Allí, el marqués de Mina, general de Cataluña, elogió el gesto, diciendo: “Señor; consigue Cataluña la envanecida dicha de haber preferido V. M. sus orillas para primera posesión de sus vastos (...) me honra ofrecer a los pies de V. M. una de las mejores y más pobladas de sus provincias la felicidad, el amor y los votos de cuantos vasallos la componen”. Allí, sería advertido el monarca de los muchos aduladores que le irían saliendo al paso en su nueva corte. Con la naturalidad y honradez que siempre demostró, Carlos sentenciaría que los aduladores no tendrían cabida en su palacio y que llevaba más de veinticinco años aprendiendo a reinar. Como su interlocutor insistía, el monarca atajó aquella conversación, diciendo: “Y también sabré yo ponerles la cabeza en los pies”.

Carlos III pone un pie en Madrid. Al fin, el nueve de diciembre de 1759 Carlos III ponía un pie en Madrid. La demora estuvo ocasionada por el mes largo que su hijo mayor pasó, enfermo de sarampión, en Zaragoza. Emocionada, Isabel de Farnesio acudió al Palacio del Buen Retiro para recibir a su primogénito y a la prole de éste. Madre e hijo no se veían desde la salida de España de aquél. Y, por tanto, Isabel aún no conocía a sus nietos. Pero agotados por el viaje y aturridos por el continuo agasajo recibido a lo largo del camino, Carlos y su familia no pudieron sino retirarse a descansar y dejar la entrada oficial a la capital del Reino para más adelante.

La entrada pública de los nuevos reyes en Madrid se haría un trece de julio de 1760. El recorrido de la impresionante comitiva de carrozas salió del Buen Retiro y fue encontrándose, a su paso, con ciudadanos que, entusiastas, les daban la bienvenida. Con el fin de complimentar a los soberanos, el aspecto de la capital hubo de mejorarse. Así, de los balcones pendían colgaduras y aquí y allá se habían colocado paneles decorados y banderolas. Como el Palacio Real se encontraba aún en obras, se dirigieron a la Puerta del Sol por la calle de Alcalá. Desde allí, se trasladaron a la Iglesia de Santa María de la Almudena, donde se celebró un *Te Deum*. Tras ello, los monarcas tomaron el camino de regreso al punto de partida, pasando antes por la Plaza Mayor y por la Carrera de San Jerónimo. Iban acompañados por mayordomos mayores, oficiales, pajes y damas de honor, precedidos todos ellos por Alabarderos y Guardias de Corps.

Durante varios días, teatro, toros y otras diversiones se ofrecieron a los madrileños. La Plaza de Toros de Madrid se situaba justo detrás de donde hoy se alza la magnífica *Puerta de Alcalá*, que aún no existía. La construcción de la plaza la encargó Fernando VI en 1749. No debemos olvidar que las corridas de toros, en el siglo XVIII, eran una gran diversión para el pueblo. Estaban compuestas, entonces, por dos partes, que se repartían entre mañana y tarde. En ellas, se daba muerte a dieciocho toros y en ellas tomaban parte seis picadores, a los que se consideraba figuras muy importantes. Los caballos no llevaban protecciones y se ponían seis o doce pares de banderillas. El traje de luces de los toreros era parecido al que se utiliza hoy día y se inspiraba en la forma de vestir del pueblo.

Al fin, el diecinueve de julio, el rey y el príncipe de Asturias juraron su cargo en el templo de San Jerónimo el Real. Un nuevo período se abría entonces en la historia de España. Todos parecían estar ansiosos por los esperados cambios, pese a que aguardaban con prudencia. Las nuevas acciones a emprender por Carlos III generarían entonces conversaciones anima-

das de unos y otros. Los más críticos esperaban que Carlos implantase medidas distintas de las que había llevado a cabo en Nápoles. Hubo quien llegó a aspirar a que Isabel de Farnesio recuperase la influencia de la que gozó a lo largo del reinado de Felipe V.

Pero, tras las escenas festivas de los días en que los madrileños le daban la bienvenida, el nuevo rey se encuentra, en realidad, con una capital sucia, oscura e insegura. Sus seis kilómetros cuadrados daban cabida a ciento cincuenta mil habitantes y, en ella, unos pocos palacios magníficos contrastaban con numerosas infraviviendas. El tráfico causaba problemas y la población, con escaso grado de formación, constituía un soporte muy pobre para llevar a la práctica cualquier plan de desarrollo que quisiera implantarse. No obstante, a pesar de todas las limitaciones con que se encontró Carlos III, no dejó de promover ideas de reforma a lo largo de todo su reinado. Así, apoyado en sus ministros, entre los que destacaríamos a los condes de Aranda y de Floridablanca, diseñó grandes planes encaminados a transformar y modernizar el país y, de paso, la ciudad.

Pero sería injusto quedarnos ahí. Carlos III gobernó con buena mano y modernizó el país. Sus ideas de reforma, en lo tocante a la población, siempre pretendieron crear una clase media que, con su trabajo, hiciese prosperar la economía. Todo ello, con la defensa del bien común y de la justicia social como bandera.

Carlos III y el colbertismo. Al igual que hiciera su padre, Carlos III decidió seguir con la modernización del Estado a través de medidas mercantilistas de inspiración *colbertista*. Éstas habían sido importadas de Francia, donde, Jean-Baptiste Colbert, ministro de Finanzas de Luis XIV, había puesto en práctica un sistema donde el Estado jugaba un papel central. El grado de intervencionismo era alto, dentro de un sistema centralizado y proteccionista. La intención era ir acumulando riqueza, de tal forma que ésta se fuese transformando en un recurso productivo y que, al mismo tiempo, se exhibiera, por razones de prestigio. Esto último se haría a través del cultivo y del patrocinio de las artes, de la ciencia y de la cultura. Del mismo modo, pensaba que el Estado debía promover la construcción de edificios y de espacios públicos, además de potenciar la industria local. Así, mediante un sistema de producción y de organización industrial altamente regulado, se crearían empleos y se mostraría la grandeza del país, al mismo tiempo que se le conducía al crecimiento económico.

Ya Felipe V, siguiendo el modelo *colbertiano* de desarrollo de edificios y de espacios públicos, había sido el responsable de que comenzara a construirse el Palacio Real de Madrid, así como de la creación del Teatro del Príncipe, del Monte de Piedad y del Palacio segoviano de La Granja. Aparte de ello, creó un cuerpo profesional de funcionarios para la gestión de la Hacienda Pública. Del mismo modo, se empezó entonces a gravar a los nobles y a la Iglesia, algo que resultaba completamente nuevo. También se fundan las aduanas, con el fin de recibir una retribución por el comercio internacional y, al mismo tiempo, acabar con el contrabando. Adicionalmente, consigue una nueva forma de ingresos, procedente de la trata de negros, lo que, a nuestros ojos, puede parecer repugnante pero que, en aquellos tiempos, era una actividad muy rentable.

Su hijo, Fernando VI, seguirá emprendiendo reformas que favorecerán el período de paz y de prosperidad económica que disfrutará España bajo su reinado. Entre estas reformas, mandará diseñar un nuevo sistema de impuestos que grave a cada contribuyente en función de su capacidad económica. Además, impulsará el comercio americano, modernizará la marina y favorecerá las transacciones económicas. Bajo su reinado, comienza a haber en Madrid un control

de los animales callejeros. Con respecto a las construcciones que promueve en nuestra ciudad, nos encontramos con el *Convento de la Visitación de Nuestra Señora*, también llamado *de las Salesas Reales* y situado en la Calle Bárbara de Braganza. Como puede observarse, la capital de España iba a quedar muy embellecida con las actuaciones de los primeros Borbones.

Y Carlos III sigue adelante con las reformas de estilo *colbertista*. Una de sus primeras medidas consistió en relajar la rígida etiqueta de la corte. Gracias a él, tenemos hoy Lotería Nacional y el edificio donde albergamos el Museo del Prado, además de vigilancia por las calles de Madrid, ciudad que se tomó muy en serio remodelar, para disgusto de muchos madrileños, que no paraban de quejarse de las obras de pavimentación e iluminación de sus calles. Aparentemente, el rey llegó a comentar: “Los madrileños son como los niños pequeños; lloran cuando les cambian los pañales”. Dada la intensidad de los trabajos de reforma, el corregidor de esta ciudad, José Antonio de Armona, cansado, pidió al rey un cargo de menor responsabilidad, apelando a sus ya muchos años. Por lo que parece, éste le respondió, diciendo: “Mira; más viejo estoy yo que tú y voy trabajando; Dios nos ha de ayudar. Y tú estás mejor, cuidas de Madrid y hasta ahora nadie se queja de ti”.

La industria que Carlos III trató de impulsar. Con el fin de sentar las bases de la industria que tanto necesitaba España, Carlos III apoyó la creación de las Reales Fábricas. Entre ellas, citaremos la de Porcelanas del Buen Retiro, que estuvo situada dentro de nuestro emblemático parque, en terrenos que hoy albergan a los jardines del Huerto del Francés. Denominada popularmente *la China* y construida en 1760, siguió el ejemplo que ofrecía una factoría que ya había implantado el monarca en la localidad napolitana de Capodimonte. De allí, el buen Carlos mandó traer a un nutrido grupo de expertos, con la intención de montar en Madrid una fábrica similar. De ésta salieron piezas que fueron a parar al Palacio Real de Madrid, a la Casita del Príncipe de El Escorial, al Palacio de Aranjuez y otros Reales Sitios. Hoy día podemos ver, en distintos museos de nuestra capital, algunos objetos producidos en la Real Fábrica del Retiro.

La pena fue que nuestra Real Fábrica de Porcelana del Retiro formó parte del cuartel que los soldados franceses tuvieron en Madrid mientras se libró la guerra contra Napoleón. Por si fuera poco, lo que dejaron en pie de nuestra magnífica manufactura fue destruido por las tropas inglesas que, capitaneadas por Wellington, nos ayudaron a expulsar a los franceses.

Hay quien dice que fueron éstos últimos quienes causaron los mayores destrozos antes de huir, con el fin de acabar con una fábrica que estaba haciendo la competencia a su afamada manufactura de Sèvres. Otras voces señalan a los ingleses como responsables de tal destrucción, por razones muy parecidas. Y es que la porcelana que producíamos en nuestra Real Fábrica era de tal calidad que también hacía daño a las exportaciones de cerámica inglesa. Los madrileños, ante tal panorama, no pudieron sino crear esta composición:

Muy mala suerte has tenido,

Madrid, una y otra vez,

si diez te rompió el gabacho

el inglés te rompió diez

Lo cierto es que lo único que hoy día nos recuerda algo del complejo que ocupaba la Real Fábrica de Porcelana del Retiro es la noria que le suministraba agua y que aún hoy podemos ver. Bueno, en realidad, lo que vemos es una reconstrucción que pretende que nos hagamos una idea de lo que fue la original.

Carlos III y el cultivo la ciencia. Nuestro Borbón ilustrado fue también un impulsor de la ciencia en nuestro país. De hecho, algunos de los nuevos edificios que los primeros Borbones deciden levantar en Madrid están ligados con el desarrollo de las ciencias, tal y como recomendaba el ministro Colbert. No debemos olvidar que estamos en la época del *Enciclopedismo* y de la *Ilustración*. Estos movimientos pretendían combatir la superstición y la ignorancia, además de educar a la población, invitándola al aprendizaje mediante la divulgación del saber de su época. Es decir, buscaban *poner al alcance de la mayoría el patrimonio científico de una minoría*, como diría hoy Manuel Calvo Hernando, fundador de la Asociación Española de Comunicación Científica. Es decir; la *Ilustración* quiso combatir la ignorancia y la superstición que, según consideraba, sumían al ser humano en un mundo de tinieblas. Su idea era luchar contra todo ello mediante la cultura, el desarrollo de la ciencia y el uso de la razón.

Dentro de esta tradición, encontramos el ejemplo que ofrece el Observatorio Astronómico Nacional, obra de Juan de Villanueva y que se integra a la perfección en su entorno, coronando el cerrillo de San Blas. Fue realizado en un sereno, ligero, sobrio, serio, noble, simple y claro estilo Neoclásico, muy del gusto del momento. De nuevo, según recomendaba Colbert, el Observatorio se alza lujoso y monumental, mostrando que en su construcción se han empleado, casi sin límite, materiales nobles, como el granito, y se han desechado otros más económicos, como el ladrillo o el yeso. En general, las nuevas construcciones que los primeros Borbones desarrollan en Madrid derrochan medios económicos y muestran todas sus pretensiones.

Con el desarrollo de nuestro Observatorio Astronómico en Madrid se pretende seguir el gran interés por la Astronomía que, ya en el siglo XVII, había empezado a despertarse en Europa. De hecho, en 1666 se había construido el Observatorio de París. Y en 1675, el Observatorio de Greenwich, situado en las afueras de Londres. Pese a que el impulso al estudio de la Astronomía en España lo da Felipe V, será bajo el reinado de su hijo, Fernando VI, cuando se empiece a pensar en la construcción de un Observatorio Astronómico en Madrid. La idea la aporta un tal Juan Wendlingen, jesuita de origen húngaro que ejerció en nuestro país como matemático, astrónomo, cosmógrafo, y que llegó a ser director del Colegio Imperial de San Isidro. A la muerte de Fernando VI, Wendlingen acabó por ganarse la confianza de Carlos III, quien lo eligió como profesor de matemáticas para su primogénito, que accedería al trono como Carlos IV. Es a Juan Wendlingen a quien se le atribuye la construcción, en el Monasterio del Escorial, de dos meridianas solares. Estas meridianas se utilizaban para averiguar el mediodía solar y, también, para poner en hora todos los relojes del monasterio. Será precisamente Wendlingen quien, en 1750, propone a Fernando VI la construcción de un observatorio para la enseñanza de las ciencias físicas y matemáticas.

Desgraciadamente, Fernando VI no da permiso a Wendlingen para que lleve a cabo su proyecto y habrá que esperar a que Carlos III se pronuncie al respecto. Con la construcción de un Observatorio Astronómico se buscaban dos fines esenciales. Por un lado, el estudio de la Astronomía ayudaba a la navegación, ya que servía para que los barcos fijasen su rumbo, una vez que tenían certeza sobre su posición geográfica. Por otro lado, la Astronomía era utilizada por los cartógrafos para determinar las coordenadas y para elaborar mapas. Precisamente por estas razones, marinos y cartógrafos fueron los principales impulsores de la construcción de

nuestro Observatorio. Parece ser que Luis XIV de Francia llegó a decir acerca de la fabricación de mapas con base científica que le habían quitado más tierra los cartógrafos a su servicio que sus propios enemigos. Lo cierto es que la ciencia hace ver las cosas tal y como son.

También dentro del desarrollo de las ciencias que los primeros Borbones pretenden impulsar nos encontramos con el Real Jardín Botánico, inaugurado en 1781, bajo el reinado de Carlos III. Para su creación se contó con los botánicos Gómez Ortega y Tadeo Lope, mientras que su construcción se encargó a los arquitectos Sabatini y Villanueva. Su *Puerta del Prado* queda coronada por un frontón triangular, donde podemos leer, en latín, una inscripción que dice: “Carlos III, a expensas del erario público, fue el instaurador de este jardín de plantas para la salud de los ciudadanos 1781”. Y es que la idea consistía en la investigación ligada a las plantas medicinales. Desgraciadamente, durante la invasión napoleónica, el jardín dio cobijo a tropas francesas, que lo arrasaron, sufriendo, tras ello, un largo período de abandono.

Nuestro actual Museo del Prado también fue uno de los edificios construidos en esta época, con el fin de conseguir el desarrollo de las ciencias. Así, fue destinado, en principio, a albergar la sede del Gabinete de Historia Natural de la ciudad. Se proyectó mientras reinaba Carlos III, por parte de Juan de Villanueva. Sus tres puertas, la Puerta del Prado, a la que hoy llamamos “*de Velázquez*”, la Puerta del Sur, o “*de Murillo*” y la Puerta del Norte, “*de Goya*”, guardan relación con el uso científico que se quería dar al edificio, en el que habría tres estancias diferenciadas: una Academia, un Museo y una Sala de Juntas. Los materiales empleados para su construcción fueron el ladrillo, el granito y el mármol. Al igual que pasó con el Jardín Botánico, también fue ocupado por el ejército napoleónico, que lo destinó a dar cobijo a su Cuartel de Caballería.

Un nuevo entramado urbano para Madrid. Dada su importancia, queremos destacar la transformación que, bajo el reinado de los primeros Borbones, experimenta el eje, hoy llamado Paseo del Prado, que parte de la actual Estación de Atocha y que lleva a la Plaza de Neptuno, a la de Cibeles y a la Puerta de Alcalá. Y es que, a lo largo del siglo XVIII, se realiza un gran esfuerzo constructivo en esta zona.

El modo de proyectar nuestro Paseo del Prado se hizo queriendo recuperar la estética del antiguo mundo greco-romano tan del gusto del estilo Neoclásico, de moda en la época. Así, el diseño que presenta sigue lo que se conoce como “planta de hipódromo”. De hecho, podemos decir que tenemos dos plantas de hipódromo en esta zona: la que va desde Atocha hasta Neptuno y la que conduce de Neptuno a Cibeles. José de Hermosilla, artífice de su construcción, proyectó un espacio alargado, con un paseo central, que sería destinado a peatones, y dos vías laterales para el paso de coches. Dicho espacio terminaba en una curva, donde se colocaba una fuente circular. El modelo se repite dos veces y, por tanto, hay dos fuentes: la de Neptuno y la de Cibeles. Hermosilla desarrolla, también, las obras de canalización y de allanamiento necesarias para la construcción del citado paseo.

Y ya que había un espacio urbano trazado con tanta sensibilidad, se decidió que había que decorarlo con elegancia. De ello se encargó Buenaventura Rodríguez Tizón, a quien debemos la ornamentación de prácticamente todo el eje urbano al que nos estamos refiriendo. Una de las obras que Ventura Rodríguez realiza en el actual Paseo del Prado es la *Fuente de la*

Alcachofa, elaborada en 1780 y para la que contó con la ayuda de Antonio Primo, de Alfonso Giraldo y de Robert Michel. Presenta una interesante simbología relacionada con la salud y mediante la que nos presenta a la alcachofa como planta de propiedades medicinales. En ella aparecen, además, dos esculturas que sujetan el escudo de la ciudad de Madrid. Hay que decir que la fuente original fue trasladada al Parque del Retiro en 1880, por decisión del alcalde Torneros.

Ventura Rodríguez, con la ayuda de Francisco Gutiérrez, Alfonso Giraldo y Robert Michel también realiza, entre 1777 y 1782, las cuatro pequeñas fuentes cercanas al Museo del Prado y que se sitúan a los lados del Paseo del Prado. Para ello se empleó una elegante piedra blanca de la localidad de Colmenar. Con el objetivo de seguir rescatando la estética y los valores del antiguo mundo clásico, cada una de estas fuentes muestra la imagen de un *tritón* sujetando un delfín, símbolo de bondad y fidelidad. También en ellas aparecen figuras que podrían representar cabezas de oso, con lo que harían referencia al escudo de Madrid.

También la *Fuente de Neptuno*, situada en la Plaza dedicada a Cánovas del Castillo, es obra de Ventura Rodríguez, quien la realizó en 1780, junto a los escultores Juan Pascual Mena y José Arias. El material utilizado fue el mármol procedente de la localidad toledana de Montesclaros. El tridente que hoy porta Neptuno es de hierro dorado, pero originalmente fue de bronce.

Del mismo modo, la *Fuente de Apolo*, dedicada al dios griego de la belleza, sería diseñada por Ventura Rodríguez en 1777, con la colaboración del escultor Manuel Álvarez. En ella, Apolo está rodeado por cuatro estatuas que representan las cuatro estaciones. Aparte de ello, la estatua cuenta con dos máscaras clásicas. Una de ellas corresponde a *Medusa* y, la otra, a *Circe*. Como podrá apreciarse, tenemos nuevas alusiones a ese Mundo Antiguo que el Neoclásico quiere recuperar. También esta fuente luce un escudo de Madrid en su parte central.

Para rematar el eje de nueva traza, se encarga a Ventura Rodríguez el diseño de una nueva fuente: *la Cibeles*, diseñada entre 1777 y 1782 y que sería ejecutada por Francisco Gutiérrez y por Robert Michel. También *la Cibeles* hace referencia a la mitología de la Antigüedad, ya que recupera la historia protagonizada por Atalanta e Hipómenes.

Pero un eje tan elegante y lujoso no podía dejar de rematarse con un elemento tan representativo como nuestra *Puerta de Alcalá*, que se construyó para conmemorar los veinte años de reinado de Carlos III. A pesar del paso de los años, no deja de presentarnos sus rasgos de monumentalidad neoclásica. Aparte de ello, también impone una cierta tradición barroca, como puede percibirse al ver los ricos adornos que presenta y que, en este caso, no juegan un mero papel de sostén estructural. Se ejecutó en granito de Colmenar por el arquitecto Sabatini y los escultores Francisco Gutiérrez y Robert Michel. Cuenta con dos caras diferentes y con cinco huecos. De ellos, los tres arcos, de medio punto, estaban destinados al paso de vehículos. La comitiva Real siempre utilizaba el del centro, que solía estar cerrado por una reja. Las puertecillas rectangulares, colocadas a los lados, se empleaban por los peatones, a su paso.

Carlos III y el patrocinio de la cultura. Precisamente en ese contexto de cambio del modelo económico y de transformación social, Carlos III se encontró con un gran escollo que

dificultaba su labor. Y es que la población estaba carente casi por completo tanto de educación como de formación técnica específica. En este sentido, podemos decir que la situación de los españoles era desastrosa y éstos no constituían sino un pobre e insuficiente soporte sobre el que sustentar el pretendido desarrollo económico. Y el rey era consciente de que las aptitudes que mostraban esos ciudadanos no le iban a poner las cosas fáciles para conseguir que el país creciera.

Así que, con el objetivo final de que la población madrileña mejorase su situación económica, a través de la cultura y en ambiente de fraternidad, se crea, en 1775, la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Detrás de su fundación, tenemos a un grupo de *ilustrados*, quienes consideraban que el ser humano no progresaría si no empleaba al máximo la razón y si no desarrollaba un pensamiento crítico. Con estas ideas, se lanzan a combatir la ignorancia, la superstición y el absolutismo, con el fin de conseguir una mejora de la sociedad en su conjunto. Para ello, el arma que emplean es el cultivo del intelecto.

Por tanto, podemos decir que la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País estaba dedicada a formar y a educar, de manera gratuita, a los españoles. Y todo ello, sin hacer distinciones de ningún tipo, ya que la institución defendía la igualdad. Esto era algo completamente nuevo, ya que, en aquella época, la población española aceptaba la desigualdad como un hecho natural. Es decir; consideraban normal que nacer en una familia u otra marcara la vida que le esperaba a una persona. Y, por supuesto, no pensaban que todos tuvieran el mismo derecho a estudiar en la Universidad o a alcanzar determinadas posiciones sociales, por ejemplo.

Entre los objetivos específicos de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País se encontraba la mejora de la agricultura, de la industria y de los oficios. La base de todo ello sería la educación del pueblo, considerada una herramienta fundamental para alcanzar el progreso. Teniendo en cuenta todo esto, la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País no pudo elegir mejor lema: “SOCORRE ENSEÑANDO”.

Aparte de formar a la población, los ilustres miembros de la Sociedad Económica también se dedicarían a investigar de qué forma se podía mejorar la economía en España. Podríamos decir, por tanto, que la Matritense se trataba, en realidad, de una auténtica Universidad de Ciencia Aplicada y dividía sus actividades entre la enseñanza práctica y gratuita y la aplicación de las últimas investigaciones al desarrollo del país, además del incremento del bienestar social. De este modo, por un lado impartió cursos gratuitos para la ciudadanía, haciendo especial hincapié en las clases sociales más desfavorecidas. Por otro y al mismo tiempo, sus miembros, en el aludido ambiente de igualdad y fraternidad, realizaban estudios y elaboraban informes sobre la reforma de la agricultura que harían posible que nuestro país, en el futuro, se industrializase. Su intención última era la de mejorar las capacidades intelectuales de los españoles, dando un empuje especial a las clases más desfavorecidas.

Algunos escollos. Desgraciadamente, la amplia visión de progreso que siempre mostró Carlos III también se encontró con escollos. Uno de los peores fue la oposición de los sectores más conservadores, tradicionales e inmovilistas de la población. Gran parte de la misma estaba descontenta y no entendía la necesidad de tanto cambio. Sobre todo, cuando sus impulsores eran ministros extranjeros. Así, un Domingo de Ramos de 1766, en la plazuela madrileña de Antón Martín, la población se amotinó. Se trató del famoso Motín de Esquilache, ministro italiano que había ordenado que los ciudadanos dejaran de usar capa larga y sombrero de ala

FÁTIMA

ancha. Colocó, incluso, a sastres armados con tijeras por las calles, dispuestos a cortar capas. Justo antes del alzamiento, apareció por las calles de la capital un impreso que decía:

Yo, el gran Leopoldo Primero,
marqués de Esquilache augusto,
rijo a España a mi gusto
y mando en Carlos III.
Hago en los dos lo que quiero,
nada consulto ni informo,
a capricho hago y reformo,
a los pueblos aniquilo,
y el buen Carlos, mi pupilo,
dice a todo: ¡Me conformo!

Otro de los pasquines que, criticando a Esquilache con claridad, se puso en circulación por las calles de Madrid en aquellos terribles días decía:

Italiano había de ser,
allá va sin disimulos,
el que con mulas y mulos
se subió a tener alteza
y ha dado con la cabeza
en los hispánicos culos

Al fin, el encargado de resolver el asunto fue el ministro Aranda, quien ordenó que las capas largas y los chambergos fuesen, a partir de ese momento, la vestimenta oficial de los verdugos. Y, como los lectores podrán imaginar, a los ciudadanos se les quitaron, de golpe, las ganas de usar estas prendas. De todas formas, Carlos III quedó muy entristecido por este hecho y tardó mucho tiempo en asimilar la falta de entendimiento que había sufrido por parte de sus ciudadanos.

Precisamente Aranda protagonizó una de las anécdotas relacionadas con Carlos III. Por lo que parece, nuestro rey ilustrado fue también bastante testarudo. Y un día, tras decirle a su ministro Aranda: “Eres más testarudo que una mula aragonesa”, éste le respondió que conocía a una persona que le ganaba en testarudez. Al preguntarle el rey de quién se trataba, el ministro le respondió: “La sacra majestad del señor don Carlos III, rey de España e Indias”.

Por lo que parece, el ministro Aranda no debió ser muy agraciado, si hacemos caso de lo que dice esta coplilla que se oía por las calles de nuestra ciudad:

Ojos de presidente
tiene mi amante,
uno mira al cierzo
y otro al levante

Anécdotas de la vida de Carlos III. Pero, aparte de testarudo, nuestro monarca también fue sencillo en el trato. Así lo demuestra el hecho de que, con frecuencia, dijese: “Primero Carlos que rey”. Además, tenía muchísima facilidad para aprender idiomas y, a los cuatro años, escribió a sus padres su primera carta en francés. Aparte de italiano, también hablaba alemán.

Pero su verdadera pasión fue la caza. Contaban en su época que el rey salía a cazar todos los días, hiciese el tiempo que hiciese. Cazó, incluso, el día en que un hijo suyo estaba agonizando. Cuando regresó del monte, preguntó por él. Al decirle que había muerto, el rey respondió: “Bueno; ya que no puede hacerse nada, tomémoslo lo mejor posible”. Le gustaba tanto cazar que, cuando se veía obligado a vestir de gala, solía ponerse el traje de ceremonia sobre el de caza, que, a veces, le asomaba por debajo. Podemos imaginar, por tanto, que Carlos III fue un gran amante de la naturaleza. Cuando construyeron, en 1768, el camino de Madrid a El Pardo, una de las encinas que el rey se resistió a que talaran, quedó dentro de una rotonda. El monarca, al pasar por su lado, decía: “Pobre arbolillo; ¡quién te defenderá después de que yo muera...!”. Hoy sabemos que su hijo, Carlos IV, protegió el árbol, que sería destruido durante la invasión francesa.

El rey fue padre de trece hijos, de los que tan solo siete llegarían a ser adultos. Su esposa, María Amalia de Sajonia, apenas llegó a reinar dos años en España, ya que murió de tuberculosis. Fue éste un matrimonio muy bien avenido y, pese a que Carlos III viviría aún veintiocho años más, nunca quiso volver a casarse. Cuando María Amalia muere, el rey dice: “¡Pobrecilla! En veintidós años de matrimonio, es el primer disgusto serio que me da”.

Y hasta aquí nuestra pequeña reflexión sobre Carlos III, monarca ilustrado por excelencia y que tanto se preocupó por lograr que las cosas cambiasen en Madrid. Solía decir que él, en realidad, lo que pretendía era “(...) ser amigo de todos y hacerme respetar por ellos”. Esta frase da buena muestra de cómo era su carácter y de cuál era su estrategia vital. De hecho, a nosotros Carlos III nos hace pensar en esas personas que, con sentido del humor, responsabilidad y paciencia, se encargan de curar las heridas y de recordarnos a todos que hay cosas más importantes que los propios intereses inmediatos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, M.: *Personajes Ilustres de la historia de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid (2006)
- Carballo, B. et al.: *El ensanche de Madrid: Historia de una capital*. Editorial Complutense, 2008
- De Mesonero Romanos, R.: *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa*. Edición Príncipe. Facsímil de la primera edición 1831
- De Répide, P.: *Las calles de Madrid*. Ediciones la Librería. Madrid (2007)
- Del Corral, J.: *Casas madrileñas desaparecidas*. Sílex ediciones (2004)
- Del Corral, J.: *El Madrid de los Borbones*. Ediciones La Librería (2005)
- De la Fuente del Moral, M. F.: *Manuel Godoy: El favorito de la reina* - Revista Historia National Geographic (Editorial RBA EDIPRESSÉ) (2009)
- De la Fuente del Moral, M. F. y Fernández Envid, E.: *Explora lo desconocido de Madrid* – Ediciones La Librería (2010)
- De la Fuente del Moral, M. F.: *La España del siglo XIX: ¿Atrazo, estancamiento o fracaso económico?* – Revista Madrid Histórico (Madrid Histórico Editorial) (2012)
- Otero Carvajal, L.E. et al.: *Madrid en la sociedad del siglo XIX: Coloquio sobre historia madrileña I y II*. Comunidad de Madrid-Alfoz (1986)
- Otero Carvajal, L.E.: *Las ciudades de la España de la Restauración, 1868-1939. Guadalajara ANABAD Castilla La Mancha* (2007)
- Otero Carvajal, L.E.: *Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración*. Guadalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez, eds. Biblioteca Nueva (2007)
- Pallol Trigueros, R.: *Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid 1860-1875*. Ediciones La Librería. Madrid (2012)
- Pérez Abellán, F.: *El Madrid de ayer y de hoy. Crónica de Madrid*. Plaza&Janes Editores S.A. Edición especial para DIARIO 16. Barcelona (1991)
- Thomas, H.: *Antología de Madrid*. Gadir Editorial S.L. Madrid (2004)
- Tortella, G. et al.: *El desarrollo de la España contemporánea: Historia económica de los siglos XIX y XX*. Alianza Edirorial (2011)
- Vizcaíno, J.A.: *Historia de la Villa de Madrid*. Editorial Optima S.L. Barcelona (2000)